

DOMINGO XXIV.

DESPUES

DE PENTECOSTES.

EPÍSTOLA DE SAN PABLO Á LOS COLOSSENSES,
cap. I. v. 9. 14.

Hermanos: No cesamos de orar por vosotros, y de pedir que seais llenos del conocimiento de su voluntad, en toda sabiduria é inteligencia espiritual: Para que andeis dignos de Dios, agradándole en todo: fructificando en toda buena obra, y creciendo en la ciencia de Dios: Siendo confortados en toda virtud segun el poder de su gloria, en toda paciencia y longanimidad con gozo, dando gracias á Dios Padre, que nos hizo dignos de participar la suerte de los Santos en

despues de Pentecostas. 321

luz: Que nos libró del poder de las tinieblas, y nos trasladó al reino de su Hijo muy amado, en el qual por su sangre tenemos la redencion, la remision de los pecados.

INSTRUCCION.

La primera obligacion del hombre es adorar á Dios, y el primero de los conocimientos con que debe formar su corazon debe ser por consecuencia el estudio de los medios capaces de hacerse digno de sus misericordias. El Apóstol persuadido que no le basta á un Ministro del Santo Evangelio enseñar á los fieles sus respectivas obligaciones, sino que debe solicitar para ellos por medio de la oracion la gracia de cumplirlas, pide hoy, hablando con los Colossenses que sean llenos del conocimiento de la voluntad de Dios. Por tanto, hermanos mios, conviene que arreglemos nuestras oraciones á las de este grande Apóstol; que formemos nuestras costumbres so-

bre los principios de moral que nos expone; y que tomemos conocimiento de los medios de que Dios se sirve para hacernos gratos á sus ojos; pero estudiemos sobre todo lo que corresponde hacer para cooperar á nuestra salvacion, aplicándonos los méritos del Salvador. En fin juntemos á la meditacion de estas verdades preciosas el espíritu de súplica y de oracion para reducir las á práctica. Y por tanto á imitacion del Apóstol, voy á pedir por vosotros al Señor que os llene del conocimiento de su voluntad, dándoos toda la sabiduría é inteligencia espiritual que se requiere: prestadme atencion.

La primera de las gracias que pide el Apóstol para los fieles de Colossas, es el conocimiento de la voluntad de Dios. La salvacion, hermanos míos, depende esencialmente de este estudio; pero es imposible del todo adelantar en él sin el socorro de la oracion y de la humildad. Así el Profeta hacia de este estudio el objeto de sus deseos y de sus súplicas; enseñadme, decia, vuestra voluntad; conducidme por la ruta de vuestros mandamientos; dadme á

conocer el camino por donde quereis que ande, y estos eran todos sus votos. Pero vosotros, que solo os aplicáis superficialmente á la ley de Dios, ¿quereis conocer la voluntad del Señor, no juntando vuestros votos con los nuestros para pedirselo? No dudeis que este es el primer objeto de nuestro ministerio, y la primera funcion del cargo que se nos ha confiado. Nosotros no subimos al altar, ni nos acercamos al Santuario sino para pedir á Dios que os llene del conocimiento de su voluntad; pero si quando le dirigimos nuestros votos, se dignase revelar quán distante y opuesto es el objeto de ellos al de los vuestros, os llenaríais ciertamente de admiracion. Para unos pedimos el espíritu de paz, porque la voluntad de Dios es que vivan en caridad y union; pero su corazon solo abriga el resentimiento, la envidia, la enemistad y la venganza. Pedimos para otros las aflicciones, las enfermedades y la pérdida de sus bienes, porque en el órden de los designios de Dios, no pueden salvarse sino por el camino de las tribulaciones, y ellos se ocupan sin cesar en repa-

rar sus desgracias, en aumentar su fortuna, en extender sus heredades contra la justicia y la equidad, y se afligen por qualquier quebranto que padecen por pequeño que sea.

Padres y madres, ¡qué distintos son nuestros deseos á los vuestros en la crianza de los hijos! Si por ventura manifiestan buenas disposiciones, sólo pensáis en aprovecharlas, sugiriendo á Dios en alguna manera la conducta que debe observar con ellos; y si os consultasemos ántes de orar sobre un negocio de tanta importancia, sin duda las oraciones que hiciesemos en vuestro nombre no se dirigirían á otro fin, sino á satisfacer la ambición ó el interes. Pero las miras de Dios rara vez se conforman con las nuestras. Sus pensamientos no son los nuestros, y así no quiere que pidamos para ellos sino un corazón dócil, juntamente con el espíritu de sabiduría, porque él se encarga de proveer á su subsistencia y á su estado en la tierra.

De aquí debeis inferir que teneis esencialísima necesidad de pedir para vosotros el espíritu de sabiduría y de inteligencia espiritual, á fin que sepais

desde el principio lo que debeis pedir, y el uso que debeis hacer de las gracias, que son el objeto de vuestras oraciones. Debeis ante todas cosas suplicar que seais dignos de Dios, agradándole en todo con vuestra docilidad á sus preceptos; con vuestra caridad para con aquellos que participan con vosotros el título de hijos; con vuestra humildad baxo la mano del Dios que os conduce; con vuestra paciencia en las aflicciones con que os prueba, y con vuestra confianza en las oraciones que le haceis. Esta conducta uniforme y sabia debe acompañarse siempre de la disposicion habitual para agradarle en todo, porque nada es tan fácil como obrar conforme á la equidad, á la justicia y á la generosidad, y no merecer sin embargo la salvacion.

Si vivo en efecto en la vigilancia, porque las pasiones me parecen vergonzosas; si hago justicia á mi prójimo, porque la menor injusticia me parece una falta imperdonable; si le asisto en sus necesidades, porque mi corazón se compadece á la vista de qualquiera miseria, y por el deseo de gozar de igual beneficio; si observo fiel-

mente los ejercicios de mi religion, siguiendo la costumbre que me he formado, y porque así lo exigen las circunstancias en que me hallo; todas estas obras se dirigen á mi propia utilidad, y recibo por ellas, en alguna manera, la recompensa en este mundo, excusándome los sentimientos y las amarguras inherentes al pecado; pero quando ellas se dirigen á Dios principalmente, quando soy justo con el próximo, atendiendo á que este Señor es la misma justicia; quando exercito la caridad, porque él es el Dios de las misericordias; quando practico los ejercicios de piedad, porque él es Dios tres veces santo, entónçes todas estas virtudes formadas en mí por su gracia, son otros tantos méritos que me consiguen recompensas eternas.

Las obras del Christiano no son estériles, porque todas ellas tienen un carácter de utilidad que las hace preciosas á los ojos del mismo Dios; y si, según las palabras de Jesu-Christo, un vaso de agua dado en nombre suyo es de un precio inestimable, pues que él mismo es la recompensa de esta pequeña generosidad, ¿qué podremos pen-

sar de todas las obras buenas, á las quales da su bendicion y concede sus gracias? Apliquemonos por tanto á estas obras, puesto que el provecho es tan cierto; pero cuidado no nos engañemos tomando por obras de Dios las que nos sugiere nuestro amor propio. El orgullo sabe imitar la caridad en muchas ocasiones, y es causa de algunas obras muy heroicas en la apariencia; pero que en realidad carecen del espíritu que debe animarlas. El medio de distinguir las acciones que provienen de este principio, es el de llenarnos del conocimiento de la voluntad de Dios, y pedirle además del don de inteligencia y de luz, el don de fuerza que se necesita para cumplirla. Esto es lo que pedía San Agustin, quando decia: Señor, dame fuerzas para cumplir lo que mandas, y manda lo que quieras.

El Apóstol reduce despues todo lo que debe pedirse á Dios á tres virtudes, en las quales se contienen las demas, á saber: en toda paciencia, y longanimidad con gozo, dando gracias á Dios y Padre. Estas tres disposiciones encierran toda la ley, porque hacen al hombre fiel, en lo que

debe á Dios, al próximo, y á sí mismo. El Apóstol pone con mucha razon la paciencia en el número de las obras que agradan á Dios, y que prueban que se ha llenado el Christiano del conocimiento de su voluntad: cada instante le sirve, por decirlo así, de un nuevo mérito quando sufre con paciencia los males de la vida, y sobre todo una enfermedad habitual. Toda la religion consiste en ofrecer el sacrificio, y el Christiano que padece le ofrece sin cesar quando está de inteligencia con Dios, para aplicar sus trabajos á los pecados que ha cometido. Ofrece un sacrificio de expiacion, quando mira sus males como un contrapeso de los favores que ha recibido de Dios: ofrece el sacrificio de accion de gracias, quando considera sus enfermedades como un efecto de la voluntad divina: ofrece un sacrificio de inmolacion, quando reconoce en estas enfermedades mismas una señal cierta de una muerte inevitable que acepta con toda sumision: ofrece un verdadero holocausto, si le quita Dios una parte de sus bienes aun ántes que empieze á disfrutarlos, y este es el sacrificio de

las primicias y de los primeros frutos. Si Dios permite que le calumnien y que padezca su reputacion, haciéndose en esto semejante á Jesu-Christo, lleva como él sobre sí la maldicion y los anatemas. Feliz pues el Christiano que penetrado de todas estas verdades adquiere la santa virtud de la paciencia, sobre todo si á esta sumision interior añade la longanimidad perseverante que recomienda el Apóstol, como la segunda disposicion absolutamente necesaria para agradar á Dios.

Esta longanimidad muy diferente de la tolerancia filosófica que no sufre una injuria, sino porque no puede vengarse de otro modo que con el desprecio, quiere el Apóstol que vaya siempre acompañada del gozo, el qual no impide que se sienta el agravio del próximo, sino que enseña á perdonarle y á interesar la misericordia de Dios en su favor; á buscar las ocasiones de beneficiarle, y á no hacerle sentir los tristes efectos de la venganza y del resentimiento. ¡Qué dulce y amable es, hermanos míos, el carácter del verdadero Christiano! El de nada se ofende, ni ofende á nadie; no repre-

hende con dureza las faltas ligeras, que son efecto por lo comun de la ignorancia y de la inconsideracion; no contradice las opiniones de los otros, á menos que lo exija la fe; y aun en este caso nunca defiende la verdad á expensas de la caridad. ; No será bien visto á los ojos de Dios con estas disposiciones? El exerce como este Señor la misericordia; como él disimula las ofensas que le son personales; como él mantiene su paz en la familia de Dios mismo, y quanto mas insensible parece este Christiano á los ultrages y ofensas que recibe, tanto mas reconocido es á las misericordias que le dispensa: él en fin da gracias á Dios Padre de la fe que ha recibido, y de la caridad que le ha procurado: estas tres virtudes asimismo estan contenidas en las últimas palabras de nuestra Epístola, y recompensan al parecer las tres obligaciones que nos impone el Apóstol.

Dios nos ha dado la fe, ilustrándonos con su luz. Este es el primer motivo, dice el Apóstol, de un reconocimiento perpetuo. Un Christiano debe acordarse siempre de lo que era por

naturaleza, y de lo que es por adopcion: debe tener en memoria que Dios le ha buscado quando era indigno de sus cuidados, é incapaz de dar por sí un paso en la salvacion: debe considerar con reconocimiento la luz que ha disipado sus tinieblas; debe estudiar dia y noche los fundamentos de su fe, la certidumbre de la revelacion, y velar continuamente para que no se le escape ninguna accion indigna del nombre que le distingue, del Dios á quien pertenece, y de los derechos que adquiere por este nombre mismo. Dios nos hizo dignos de participar la suerte de los Santos en luz. ; Qué indignos somos por nuestra naturaleza! Pero Dios nos ha hecho dignos de tener parte en este reyno; de manera, que por el derecho que nos ha dado, esta suerte es propriamente nuestra; los Santos son nuestros conciudadanos; y en fin podemos mirar el cielo como nuestra patria, saludarle de léjos por la fe, acercarnos á él por la esperanza, y asegurar su posesion por la caridad. ; Pero es posible que podemos llamarnos los hijos de los Santos, los herederos de los Santos! ; Qué digo?! Los

miembros de Jesu-Christo, los coherederos de Jesu-Christo! Christianos, tanta es vuestra dignidad, reconocedla para hacer el uso que exige, y no olvideis jamas que nos libró Dios del poder de las tinieblas, y nos trasladó al Reyno de su Hijo muy amado, en el qual por su sangre tenemos la redencion y la remision de los pecados.

Estas palabras son muy propias para inspirarnos el reconocimiento, el temor y el amor: el reconocimiento, porque todo un Dios se ha interesado por nosotros hasta el punto de hacerse en alguna manera violencia á sí mismo: el temor, porque si se ha dignado librar-nos del primer peligro, no ha contraido el empeño de librar-nos del segundo, si por desgracia tenemos la debilidad de caer en él: el amor, porque los medios de que se ha servido para obrar nuestra libertad son los mas gloriosos que pueden imaginarse. No solo nos ha librado del pecado con su sangre, sino tambien de la pena debida por el pecado: no solo nos ha sacado de la esclavitud del demonio, sino que nos ha consagrado, como nacion santa y

pueblo de eleccion: no solo nos ha preservado del infierno y de los suplicios eternos que estan reservados para Satanás, para sus Angeles y esclavos, sino que nos ha dado el derecho al Reyno y á la gloria eterna; y por todas estas gracias no nos pide una vana admiracion, y un reconocimiento infructuoso, sino un reconocimiento eficaz y activo, que segun el precepto del Apóstol se dedique á agradar á Dios, y á honrarle con la santidad de costumbres, aborreciendo y destruyendo el pecado que tanto le desagradaba: un reconocimiento que entre en las miras de su Providencia, por la paciencia y la sumision; en las de su bondad, por la dulzura y el amor; en las de su liberalidad, por la compasion y la generosidad con el próximo; y en las de su justicia, por la integridad, y la pureza en todas las acciones. Este es, hermanos mios, el Christiano que conoce todo el precio de su vocacion, que conserva el reconocimiento, y que practica las buenas obras.

Pero, Dios mio, ¿podré yo contar muchos de estos Christianos entre mis oyentes? Haced, Señor, que el reco-

nocimiento y la fidelidad sean su carácter decisivo; que vivan de la vida de la fe; que combatan sin cesar con las armas de la fe; que triunfen en la tierra por la fuerza y la virtud de la fe, y que recojan por toda una eternidad la gloria que habeis prometido á esta virtud preciosa. Así sea.

EVANGELIO DE SAN MATHEO,
cap. 24. v. 15. 35.

En aquellos dias dixo Jesus á sus Discípulos: Quando viereis que la abominacion de la desolacion, que fué dicha por el Profeta Daniél, está en el lugar santo, el que lee entienda: Entónces los que estén en la Judéa, huyan á los montes: Y el que en el tejado, no descienda á tomar alguna cosa de su casa: Y el que en el campo, no vuelva á tomar su túnica. ¡Mas ay de las preñadas, y de las que crian en aquellos dias! Rogad pues, que vuestra huida no suceda en in-

vierno, ó en sábado. Porque habrá entónces grande tribulacion, qual no fué desde el principio del mundo hasta ahora, ni será. Y si no fuesen abreviados aquellos dias, ninguna carne seria salva: mas por los escogidos aquellos dias serán abreviados. Entónces si alguno os dixere: Mirad, el Christo está aquí ó allí: no lo creais. Porque se levantarán falsos Christos, y falsos Profetas: y darán grandes señales, y prodigios, de modo que, si puede ser, caigan en error aun los escogidos. Ved que os lo he dicho de antemano. Por lo qual si os dixeren: He aquí que está en el desierto, no salgais: mirad que está en lo mas retirado de la casa, no lo creais. Porque como el relámpago sale del Oriente, y se dexa ver hasta el Occidente: así será tambien la venida del Hijo del hombre. Donde quiera que estuviere el cuerpo, allí se juntarán tambien las águilas. Y luego despues de la tribulacion de aquellos dias, el Sol se oscurecerá, y la Luna no dará su lumbré, y las estrellas

caerán del cielo, y las virtudes del cielo serán conmovidas: Y entonces parecerá la señal del Hijo del hombre en el Cielo: y entonces plañirán todas las tribus de la tierra, y verán al Hijo del hombre que vendrá en las nubes del cielo con grande poder y magestad. Y enviará sus Angeles con trompetas, y con grande voz: y allegarán sus escogidos de los quatro vientos, desde lo sumo de los Cielos hasta los términos de ellos. Aprended de la higuera una comparacion: quando sus ramos están ya tiernos, y las hojas han brotado, sabeis que está cerca el Estío: Pues del mismo modo, quando vosotros viereis todo esto, sabed que está cerca á las puertas. En verdad os digo, que no pasará esta generacion, que no sucedan todas estas cosas. El Cielo y la tierra pasarán, mas mis palabras no pasarán.

INSTRUCCION.

Jesú-Christo se aprovecha de quantos medios son imaginables para sacar al pueblo Judío de su ceguedad. Si conoce que las promesas, las amenazas, las invitaciones y las lágrimas que derramó sobre la ingrata Jerusalem, no han podido mover su corazon, la predice las señales tristes que deben preceder á su desolacion y su ruina: Sin embargo Israel tan insensible á las amenazas como á las promesas, persevera en su dureza, y perece en su pecado. Jerusalem, hermanos míos, es la figura mas sensible de un pecador impenitente. El impío semejante á esta Ciudad ingrata cierra igualmente los ojos á las misericordias y á los juicios del Señor, y no se mueve ni por los bienes que le promete, si se convierte, ni por los males con que le amenaza si endurece su corazon. ¡Ah! Si considerase las terribles predicciones de Jesú-Christo sobre Israel, conoceria que si la insen-

sibilidad de este pueblo fué el presagio primero de su próxima desolacion; la dureza de su corazon, y su obstinacion en el vicio es una señal muy evidente de su reprobacion futura. La Iglesia, acordándonos hoy las amenazas que hace Jesu-Christo á Jerusalem, quiere enseñarnos á prevenir los castigos que tiene Dios destinados al pecador que se duerme en su iniquidad. Apliquémonos por tanto, hermanos míos, estas terribles verdades. Israel, este pueblo en otro tiempo tan amado, trae sobre sí todo el peso de la maldicion de su Dios, por haber endurecido su corazon á la voz de su libertador. Cuidado no le imitemos en su ceguedad, si no queremos participar de sus desgracias, ni menospreciemos las predicciones que nos hace Jesu-Christo, porque quizá no pasará mucho tiempo sin experimentar su cumplimiento. Preparad por tanto vuestro corazon para sacar algun provecho de las verdades que os voy á anunciar.

La ruina próxima de Jerusalem, la desolacion de la Judea, la dispersion del pueblo Judío, son, segun la opinion de muchos sabios intérpretes, los

primeros sucesos de que Jesu-Christo habla á sus Apóstoles en el Evangelio de este dia. ¿Podremos traer á la memoria sin temblar las deplorables circunstancias que precedieron, acompañaron y siguiéron á la ruina de Jerusalem? Ya en otra instruccion os he referido con el testimonio de Josefo los crímenes y los excesos en todo género que se cometieron en esta Ciudad, y los horrores que introduxo en el templo la faccion de Juan. En este circunstanciado detalle se reconoce claramente el cumplimiento de la célebre prediccion de Daniel, que Jesu-Christo recuerda hoy á los Apóstoles por estas palabras: por tanto, quando viereis que la abominacion de la desolacion que fué dicha por el Profeta Daniel está en el lugar santo, el que lee entienda. Pero si este suceso tiene algo de maravilloso en sí mismo, la vergonzosa seguridad del pueblo Judío me parece mas de admirar todavía. Estos hombres tenian en sus manos los libros de los Profetas, en donde estaban pintadas estas desgracias, de manera que era imposible desconocerlas; y sin embargo sus ojos estaban

enteramente cerrados á la verdad.

En efecto, este pueblo se dedicaba con toda exáctitud á la lectura de los libros de la ley, y aun los mas simples é ignorantes sabian á lo ménos los principales hechos contenidos en las Escrituras, y citaban con frecuencia aquellos mas extraordinarios. ¿Pero qué provecho sacó este pueblo desgraciado de todas sus luces? Ellos no conociéron ni las desgracias que les amenazaban, ni el Mesías que debía venir, objeto único y fin de todos estos oráculos? ¿Pero podrémos admirarnos de la ceguedad de los Judíos, sabiendo que la mayor parte de ellos leia por curiosidad y por orgullo? Nosotros que tenemos entre manos no solo los oráculos de los Profetas, sino tambien las palabras de Jesu-Christo mismo, no leamos con las disposiciones de este pueblo desgraciado, ni menospreciemos el aviso importante que nos da hoy nuestro Divino Salvador quando dice: el que lee entienda. Todos los dias se multiplican los libros acerca de las ciencias profanas. Se escribe sobre las artes, sobre la economía política, sobre la legislación; y en

fin se inunda el mundo con papeles y libros de todas materias. Cada autor tiene sus lectores y sus partidarios; y aunque segun esto pudieramos considerar á nuestro siglo como el siglo de las luces; sin embargo me atrevo á decir, que propiamente es el siglo de la ignorancia sobre el objeto mas importante, qual es la religion y las costumbres: se encuentran pocos que lean con aquellas disposiciones que se requieren para sacar alguna utilidad de la lectura. Son pocos en efecto los que lean con humildad; es decir, los que se aplican á sí mismos las verdades eternas que encuentran en los libros: son pocos los que lean con docilidad; es decir, que procuran arreglar su conducta á las máximas del Evangelio: en fin son pocos los que lean con sinceridad; es decir, que trabajan para descubrir la verdad; y por consecuencia muy pocos los que lean con fruto. Si los Judíos hubieran leído con estas disposiciones, sin duda no fueran víctimas de su obstinacion. Jesu-Christo mismo les habia prevenido que mirasen con recelo á todos los que para sorprehenderlos tomasen su nombre; pe-

ro ellos sin embargo siguiéron inconsideradamente una multitud de impostores, y de falsos Profetas, que los asociaron á sus desgracias despues de haber sido los espectadores de sus imposturas. Si alguno os dixere, les dice: mirad, el Christo está aquí, ó allí, no lo creáis. La impiedad se cubre muchas veces, hermanos míos, con la máscara de la virtud y de la justicia para seducirnos mas á placer. En los últimos tiempos vereis impostores que para autorizar sus máximas, y hacerse prosélitos, se darán los nombres de Christos y Profetas, los cuales darán grandes señales y prodigios, de modo que si puede ser caigan en error aun los escogidos.

Si esta profecía no tuviese otro objeto que la ruina de Jerusalem, no sería difícil entenderla; pero San Juan Chrisóstomo, y con él otros muchos intérpretes explicando el Evangelio de este dia, nos hacen notar que Jesu-Christo quiso darnos una importante leccion prediciendo las señales espantosas que precederán á su última venida. Nosotros, mis hermanos, que estamos muy cerca de los últimos tiempos, vivamos alerta contra estos falsos

Profetas: consideremos que el Ante-Christo debe preceder á estos dias de desolacion; pero si el Apóstol San Pablo daba este nombre á un cierto número de impostores que procuraban entónces sofocar la religion en sí misma, ¿de qué modo llamaremos á esos pretendidos filósofos, que baxo el pretexto de establecer una religion libre de supersticiones, trabajan para acostumar á sus prosélitos á no tener ninguna? ¿No los miraremos como falsos Profetas, como verdaderos Ante-Christos? Si juzgamos por los progresos que todos los dias hacen sus monstruosos sistemas, ¿no diremos que se acerca el fin del mundo, y que el Hijo del hombre no está distante?

Como el relámpago sale del Oriente, prosigue Jesu-Christo, y se dexa ver hasta el Occidente, así será tambien la venida del Hijo del hombre. En efecto vendrá el Señor para juzgar á todos los hombres, y los citará á su tribunal en la hora ménos pensada: ¿quál es por tanto la justa conseqüencia que debemos sacar de esta verdad espantosa? Sin duda la de velar continuamente para no ser sorprendidos; hacer

abundante provision de buenas obras, para que el Señor no encuentre vacías nuestras manos. Ay! mantener la caridad en nuestros corazones para que las lámparas estén ardiendo quando venga el Esposo. Estas son las conseqüencias que debemos sacar; pero no son las que sacan la mayor parte de los Christianos. Los pecadores demasiado ingeniosos para perderse hacen tales razonamientos en los últimos dias, que léjos de asegurarlos, solo sirven para endurecerlos. Los unos imbuidos en tradiciones falsas, ó mal entendidas, quisieran por decirlo así, determinar el número de los siglos: ellos los cuentan segun las ideas de su imaginacion, y quisieran contra la palabra del Hijo de Dios mismo conocer lo que el Hijo del hombre ha querido que ignorasemos. Otros convienen en la incertidumbre del tiempo, y miran como el colmo de la extravagancia el querer penetrar este misterio; pero despues de todo dicen: Jesu-Christo no ha querido sin duda sorprendernos, pues que nos advierte las señales que deben precederle. Y en efecto no deberá venir el Ante-christo? ¿Su reyno no debe tener sus progre-

sos y su decadencia? Los Judíos ¿no deben entrar en el seno de la Iglesia? La fé, todavía ignorada en tantos pueblos, ¿no debe ser predicada por todas partes? Acaso hemos visto obscurecerse la luna, caer del cielo las estrellas, y ser conmovidas las virtudes de los cielos? En una palabra, ¿quál de todos estos signos es el que nos anunciará la venida próxima de Jesu-Christo?

Notad, hermanos míos, que semejante razonamiento fué la causa de la reprobacion del pueblo Judío. Adherido á una multitud de profecías que no entendia, y todavía mas prevenido por una infinidad de falsas tradiciones, se habia formado del Mesías una idea enteramente carnal y muy contraria á la que los Profetas habian querido designar; pero Jesu-Christo viene, y se esfuerza para darles á entender que él es el fin de todas las profecías. Confirma su mision y sus sermones con innumerables milagros, y este pueblo insensato se atreve todavía á desconocerle, y á esperar otro Mesías. ¡Ah, cuánto tiempo que los pecadores en el último tiempo no renueven el triste espectáculo

del endurecimiento de los Judíos, y no participen de la misma reprobacion!

Dos suertes de señales precederán al último juicio, y las unas ménos sensibles quizá estarán produciendo ahora mismo su efecto, y no lo advertiremos por la dureza de nuestro corazón. ¿Quién sabe si el rey no del Ante-Christo ha venido ya? ¿Cómo nombraré yo esos hombres, esos oráculos de nuestro siglo, que todo lo refieren á los sentidos, y á la naturaleza, que no conocen otras reglas para creer que una razon obscurecida por la violencia de las pasiones, que quisieran hacernos mirar la moral del santo Evangelio como un lenguaje antiquado, del qual si se ha podido hacer algun uso en los siglos de ignorancia, del todo es inútil y desusado en unos tiempos en que han llegado las luces á dominar los espíritus, y en que los conocimientos se han multiplicado de una manera prodigiosa? ¿Hablará el Ante-Christo, hermanos míos, un lenguaje mas peligroso? ¿Hará por ventura mas prosélitos, que hacen los desgraciados autores de estos sistemas monstruosos? ¿Anunciará mas visiblemente la consumacion de los siglos

Vosotros esperais la conversion de los Judíos; ¡pero quién sabe si el Señor, movido de compasion ácia su antiguo pueblo, abrirá los tesoros de su misericordia y su bondad! Dispersos por todo el universo, no es posible que su conversion sea insensible: quizá en este momento estará mas adelantada que pensais. Decis que las naciones no estan enteramente ilustradas por la antorcha de la fé; pero notad, hermanos míos, que no sabemos si alguna de las que la ha dexado apagar podrá volverla á encender; y que seriamos temerarios é insensatos, si quisiésemos asegurarnos sobre señales cuyo cumplimiento es tan insensible.

Hay otras señales, cuya realidad no es suficiente para tranquilizar un pecador, y son aquellas que deben preceder inmediatamente á la revolucion de los siglos. El sol se obscurecerá, y la luna no dará su lumbre, y las estrellas caerán del cielo, y las virtudes del cielo serán conmovidas. En este transtorno universal, ¿podrá tener el pecador alguna esperanza de conversion? ¿Se atreverán los impios á esperar con tranquilidad el juicio del

Juez mas temible y justo? Entónces parecerá la señal del Hijo del hombre en el cielo, y entónces plañirán todas las tribus de la tierra. El espectáculo solo del Hijo del hombre sentado sobre las nubes del cielo, revestido de todo su poder y magestad, armado con la señal formidable de su cruz, y rodeado de todos sus escogidos y de sus Santos, será causa para que el pecador se estremezca y se dexee llevar á la desesperacion.

Para prepararnos á esta venida no esperemos nosotros estas señales, mas propias para consternarnos que para convertirnos, porque el Hijo del hombre está muy cerca. Entónces si no hemos vivido en la justicia, la venida de Jesu-Christo no será para nosotros un motivo de confianza, sino de terror; porque esta es la diferencia que hay entre la primera y la última venida de nuestro Salvador. En la primera los Profetas, para animar á Israel, y consolarle en su cautiverio, le dicen que su Libertador está cerca; y el Apóstol San Pablo, por el contrario, se vale de las mismas palabras para inspirar al pecador un temor, y animarle á salir

de su letargo. Nosotros, hermanos míos, podremos estar seguros y tranquilos quando Jesu-Christo, al cabo de diez y ocho siglos está tan cerca que puede decirse con toda propiedad que está ya á la puerta? Mirarémos estas amenazas como piadosas exágeraciones de que se valen los Ministros de la palabra santa para intimidarnos?

Jesu-Christo acaba este Evangelio diciendo: el cielo y la tierra pasarán, mas mis palabras no pasarán. Sí, hermanos míos, el cielo y la tierra pasarán; triste reflexion para los que gozan en paz los bienes de este mundo. ¡Qué! ¡habrán de dexar estos bienes, que son el objeto de su confianza y de su satisfaccion! En efecto, vendrá un tiempo en que todas las clases serán confundidas: en que las riquezas serán despreciadas, y en que los talentos y la fuerza serán del todo inútiles: entónces ni la juventud, ni la salud serán un preservativo de la muerte, y de quanto haya gozado el hombre no le quedará sino la memoria y el pesar de verse privado de todos sus goces para siempre. Qué! les quedará á los felices del siglo sino un vacío vergon-

zoso, y la esperanza terrible de la sentencia que se ha de pronunciar contra ellos? Meditemos estas palabras, las quales no estan sujetas, como las cosas humanas, á las vicisitudes y la mudanza. En ellas veremos sentencias contra los pecadores, y promesas consoladoras para los justos. Acordémonos, qualquiera que sea nuestra situacion, que las palabras de Jesu-Christo no pasarán, y este motivo despertará nuestro temor, y reanimará nuestro amor. Somos pecadores, esto es lo que nos conviene meditar. Si no hacemos penitencia, pereceremos todos: el Hijo del hombre vendrá á la manera de un ladron, en el momento que el Padre de Familias se halle descuidado: entónces, dice Jesu-Christo, me buscareis, pero no me encontrareis, y morireis en vuestro pecado: estas palabras son terribles; pero lo mas terrible es, que ellas no pasarán.

Si nosotros, hermanos míos, amamos nuestra religion y nuestra fé, escuchemos estas palabras de Jesu-Christo, que sin duda harán el consuelo de las almas fieles: bienaventurados los que lloran, los que gimen y sufren,

despues de Pentecostes. 351
 porque ellos serán consolados, como si dixese: considerad que vuestra redencion está cerca: vuestra recompensa es grande, y os voy á preparar un lugar en el cielo, y á atraeros todos á mí. Hermanos míos, estas promesas encierran en sí grandes consuelos; pero el principal de todos es que ellas no pasarán. Así sea.

FIN

DE LAS INSTRUCCIONES

SOBRE LOS DOMINGOS

Y FIESTAS PRINCIPALES DEL AÑO.

NOTA.

Los dos tomos últimos de Pláticas 6 Instrucciones familiares sobre